



Remembranza de Venecia

(Versión de Carlos de Buttle)

¡Ah, qué noches las pasadas en góndola con espléndida luna en el canal de la Zudecca! De eso hace ya veinte años. Venecia era menos inglesa que hoy y yo vivía en el palacio Veniere, palacio en ruinas, o mejor dicho, no concluido todavía, con un jardín de ensueño que se asomaba al gran canal. Por la mañana visitaba una iglesia, los Frari, Schalisi o San Zaccharia, y almorzaba en casa de Quadri: por la tarde dormía la siesta y por la noche comía en el Lido, en San Nicolo algunas veces y volvía en góndola por la laguna. Tenía un gondolero que parecía pintado por Carpaccio: una góndola con un *felze* de maderas esculpidas y doradas, del tiempo de los Dux, y por querida a una encajera que se parecía a la *Santa Bárbara*. Era de Chioggia, donde todas las mujeres son hermosas, y mi gondolero de Burano; pero vivían los dos en Venecia, el hombre en San Moise, la mujer en el Arsenal. Al marcharme de Venecia doté a la muchacha y la casé con el gondolero. Si han tenido hijos—y apuesto a que tienen una docena—tengo motivos para creer que el mayor se me parece. ¿Qué será de mi gondolero y de mi encajera? El se llamaba Antonio, ella Julia, y fueron el encanto de mis veinte años, porque entonces tenía veinte años y vivía en Venecia He ahí una gente a la cual dejaría gustoso algunos millones si su hijo mayor tuviese mis ojos, mi boca, o se me pareciese en algo.

JEAN LORRAIN.

LA MOSCA AZUL

(Traducción de Guillermo Valencia)

Era una mosca azul, alas de oro y granada,
hija de China o del Transvaal,
que brotó de los pétalos de una rosa encarnada
en una noche tropical.

Entre vuelo y zumbidos, y zumbidos y vuelo,
fulguraba al rayo del sol
y la luna. Envidiara el brillo de su velo
el diamante del Gran Mogol.

Un rústico la vió, y, asustado y contrito,
al instante la interrogó:
—Mosca, ese refulgir que más parece un mito,
cuéntame ¿quién te lo enseñó?

Ella, volando entonces, le dijo estas verdades:
—Yo soy la Vida y soy la Flor
de las gracias, la Fuente de las ingenuidades,
soy la Gloria y soy el Amor.

Y él comenzó a mirarla con un extraño modo,
quieto y mudo como un fakir,
como alguien que se alela olvidado de todo,
sin comparar ni discurrir.

Sobre las alas tenues, al cruzar el espacio
una cosa le pareció
animarse, con toda la pompa de un palacio
y al ver un rostro, dijo: ¡Yo!

Era él, hecho rey: el rey de Cachemira
que ceñía por todo tisú,
un collar gigantesco, portentosa mentira,
robado al cuello de Vischnú.

Cien mujeres en flor, núbiles bailarinas,
a sus plantas en un salón,
despedazan la gracia de sus formas divinas,
enloquecidas de pasión.

Mudos, graves, de pie, cien hoscos agarenos
con abanicos de avestruz
refréscales muy paso los aromados senos
que palpitan ante la luz.

Vino después la gloria; veinte reyes vencidos,
y al fin el séquito triunfal
de trescientas naciones, y los votos rendidos
de toda corte occidental.

Mas lo mejor del caso fué que en el rostro abierto
de toda mujer o varón,
como en agua que deja el fondo descubierto,
se podía ver el corazón.

Entonces él, tendiendo la mano áspera y tosca,
hábil sólo para aserrar,
dióle con el envés a la brillante mosca,
con el ansia de examinar.

Quiso mirar, saber la causa del misterio
y, cerrando la mano, rió
de contento al pensar que llevaba un imperio,
y para su casa corrió.

Alborozado llega, examina, parece
engolfado en su ocupación
prólijamente como un hombre que quisiese
hacer la autopsia a su ilusión.

Disecóla a tal punto y con tal arte, que *ella*,
rota, sin brillo, sucia y vil,
sucumbió, y al instante se desvaneció aquella
visión fantástica y sutil.

Y él hoy la busca en vano, de mirra y cardamomo
ungido su manto de tul.

Dicen que está demente y que no sabe cómo
se le perdió su mosca azul.

MACHADO DE ASSÍS.



El lugar vacío

Sentáronse a la mesa y como vieran
el asiento vacío, dijo el padre:
—«Era su cabellera como el trigo
maduro en el otoño». — Y un hermano
agregó así:—«Sus ojos eran dulces
como los de los niños». — Y una pequeña
dijo:—«Sus largos besos me sabían
a fruta y miel». — Y la afligida madre
gimió para decir:—«¡Era tan buena!»—
Todos callaron y todos hasta el niño
fijaron las miradas largamente
en el lugar vacío. y en silencio
se llenaron de lágrimas sus ojos.

LUIS ROSADO VEGA.

El Canto de las Islas

A las crecientes olas abriendo va de banda a banda su portal enorme el Estrecho de Gibraltar. Sus dos montantes de piedra a la crecida dan paso; de umbral hace las veces la rota cumbre de Calpe.

Con gritos de pavora precipítase la mar, cual si tronase aun en la celeste bóveda la voz de Adonai; y rueda envuelta con peñascos, bosques, sargazo y cieno, en ella cabalgando, cual en salvaje corcel el torbellino.

Crece, y, famélico mónstruo, la rugiente catarata atrae las aguas de Etruria y de Chipre; menguan del Adriático los lagos, del Egeo los argentado ríos, y derrámase, ánfora rota, el vasto Mediterráneo. A manera de cocodrilo, alarga el Nilo su boca; Esmirna, Efeso y Troya se alejan de Neptuno; con brazo de roca agárrase al Asia el islote de Tiro; y al beso de Sahara presentan las sirtes su desnudo seno. Dilatan los Apeninos su hermosa basamenta de mármol; elévase Provenza para ver surgir sus Islas de Oro, y, cual de primiciales retoños un tallo rodéanse los continentes de ramos de islas en flor.

Así, al apagarse el sol, van en veloz carrera sus rayos cual ríos de oro licuado, hacia Occidente; la claridad, el bullicio, la vida del universo con él declina, y es el firmamento un volcado mar de arboles.

Mas, entre los pliegues de la dorada veste que el día recoge, cual perlas desengarzadas, brillan algunos luminares; chispas que quedaron de la inmensa pira, huellas de astro gigante que llenaba los cielos.

De los dioses madre ¡oh Grecia! mecida como Venus por las olas, dormías en aquella lóbrega noche y no percibiste las asordantes armonías con que sumióse la Atlántida; desgarrada, empero, cual manto de raso azul, la mar, que aún en dos de sus pliegues te abraza, te mostró desnuda al cielo; despertaste y a los trémulos rayos estelares y a los de la luna amiga volviste cariñosa los ojos, soñolientos aun hacia el jardín de las Hespérides.

Por tus arenas rodaron entonces siete sonoras cántigas cual de garridas sirenas que a lamentar viniesen a tus playas sus amores y sus cuitas.

JACINTO VERDAGUER.

EL SANTO

Pardo sayal raído
cubre los hombros que rindió el quebranto:
vello salvaje puebla el renegrido
rostro del Santo.

Sus manos son más ásperas que hortigas,
y cubil es el ojo tenebroso,
en donde como fieras sin reposo
están concupiscencias y fatigas.....

En el horror perenne del desierto
odía el Justo a los hombres y a los brutos,
y ora: sus dos brazos enjutos
son de un arbusto muerto
la mutilada ramazón sin frutos.

El esqueleto vivo
tiene el instinto abrasador del chivo.
Y en la nocturna paz, sueña en violentos
galopes a los lomos de la Furia
y a través de las selvas monstruosas,
donde se operan los enlazamientos
de la eterna Lujuria.....

Negra raíz maldita
ahoga el corazón. Y hay una gran
voz interior que entre sus sueños grita
abominaciones de Satán.

Y enorme y solo, el Santo
vive soñando, siempre en pos
de su ardiente visión y de su espanto
y su terrible amor de Dios.....

CARLOS WYLDE OSPINA.



Literatura evangélica

(Versión de Antonio M. Carrajal)

¿Qué odisea es comparable a la de Jesús? Los griegos y los romanos refinados tardaron algún tiempo antes de comprender esta poesía sencilla, y no obstante, tan coloreada: sólo a la larga llegaron a admirar el estilo mismo de las Escrituras. San Jerónimo, transportado en sueños a los pies del soberano Juez, escuchaba una voz amenazadora que le gritaba:

—*Tú no eres más que un ciceroniano.*

Después de este sueño, San Jerónimo se aplicó con más ahinco a comprender las bellezas de la Biblia y del Evangelio, y concluyó por preferirlas a los períodos más ondulantes del gran orador latino. I tenía razón: el *Sermón de la montaña*, a pesar de algunas incoherencias (que se pueden atribuir en parte a los discípulos) es más *elocuente* que el más bello de los discursos de Cicerón, y las invectivas contra los fariseos valen más que los apóstrofes a Catilina. Para nosotros, sólo con gran injusticia ha podido preguntarse Haret, cómo *una gran revolución ha podido nacer de esta LITERATURA MEDIOCRE*. Hay alguna cosa completamente nueva en la literatura evangélica, que no se encuentra ni en los griegos ni en el Antiguo Testamento, y este sentimiento es la ternura; hay también un procedimiento nuevo de estilo, la unción, que vale más que el lirismo de los profetas; es una moral popular, a la vez profunda e inocente, como el instinto, y en la que cada palabra nos hace vibrar hasta el corazón. El *éxito literario* del Evangelio ha sido un éxito justamente merecido. El pueblo hebreo, que no cuenta un solo hombre de ciencia ha tenido evidentemente una serie de poetas sobrios, potentes o tiernos, como no se han encontrado en ningún otro pueblo, y esto es lo que explica en gran parte la fortuna de las religiones hebráicas. La poesía, como la esperanza, es hermana de la fe, y aun le es más necesaria, pues se puede pasar sin el lejano atractivo de la esperanza cuando se posee el encanto presente de la ilusión.

JUAN MARÍA GUYAU.

Los libros

TENGO amigos cuyo trato me es en extremo agradable. Son de todas las edades y de todos los países. Se han distinguido, a la vez, en el campo de batalla, y en el silencio del gabinete, y han alcanzado grandes honores, por su conocimiento de las ciencias. No es difícil llegar a ellos porque se hallan siempre a mi servicio y les admito a mi lado o les despido cuanto me acomoda. Nunca son importunos y contestan en seguida a mis preguntas. Algunos me refieren los sucesos de otras épocas, otros me revelan los secretos de la naturaleza. Estos me enseñan a vivir, aquellos a morir.

Con jovialidad destierran los unos mis cuidados y alegran mi espíritu; los otros me procuran energía del alma y me enseñan la importante lección de no contar sino conmigo mismo. Vivamente me abren las variadas sendas de todas las artes y de las ciencias todas, y puedo fiarme de sus informes con tranquilidad en toda circunstancia, pues ni son interesados, ni los dan a la ligera. En cambio de tantos servicios, lo único que me exigen es que les proporcione un rincón de mi morada, en donde puedan descansar en paz, porque a tales amigos seduce más la paz de un tranquilo retiro que todos los ruidos del mundo.

PETRARCA.



Vacilación

Como el ciervo entre dos manantiales vacila sin saber a cual de ellos caminará primero, y vuelve a aquél y a éste la húmeda pupila parado, palpitante, sediento, en el sendero;

y oye sobre las piedras rumor de agua tranquila, correr de fuentes íntimas y subterráneas; pero como una talladura su sombra se perfila inmóvil, mientras llámale aquel rumor ligero;

como él por lo indeciso, como él no sé qué haga, porque si aquí una frase repetida me halaga de allá aparece un rostro que me incita a que vuelva;

y entre tanto sintiendo lo vano de un tormento vecino de su bálsamo quedo siempre sediento junto a dos manantiales, como el ciervo en la selva.

ENRIQUE BANCHS.

La filosofía árabe

(Versión de Edmundo González Blanco)

El verdadero genio árabe, caracterizado por la poesía de los Kasidas y la elocuencia del Corán, era absolutamente antipático a la filosofía griega. Encerrados como todos los pueblos semíticos en el estrecho círculo del lirismo y del profetismo, los habitantes de la península arábiga no tuvieron jamás la menor idea de lo que puede llamarse ciencia o racionalismo. Cuando el espíritu persa, representado por la dinastía de los Abasidas, lo difundió sobre el espíritu árabe, fué cuando la filosofía griega penetró en el Islam. Aunque subyugada por una nación semítica, la Persia supo siempre mantener sus derechos de nación indoeuropea; a la vez que reconstruía su propia lengua, su epopeya y su mitología, turbaba ya el Islam con tentativas que, en el primer siglo de la hégira no hubieran provocado sino escándalo y desdén. Esto se nota en Bagdad, la villa abasida por excelencia, que fué el centro del movimiento nuevo; esto en los sirios cristianos y los afiliados del magismo, que fueron los instigadores y los instrumentos. Y fué un califa, Al mamun, representante eminente y apasionadísimo de la reacción persa, quien tal presidía. Educado por los barmékidas, que pasaban por afiliados a la antigua doctrina de Zoroastro, viósele durante toda su vida buscar cuidadosamente fuera del islamismo las enseñanzas racionalistas de la India, de la Persia, de la Grecia. Los orígenes de la filosofía árabe surgieron en tal sentido de una oposición contra el Islam, y hé aquí por qué la filosofía quedó siempre entre los musulmanes como una intrusión extranjera, como un ensayo abortado y sin consecuencia para la educación intelectual de los pueblos de Oriente.

ERNESTO RENAN.



Página de la novela

EL VAMPIRO

UN sutilísimo instinto de Belleza dirigió nuestro gusto literario por la senda única de melodía y de pensamiento. Y si en nuestro amanecer mental olvidábamos los libros científicos, las obras de arte que leíamos eran sanas y útiles. Recuerdo, entre cien, las novelas que más nos entusiasmaron: *El ensueño*, de Zola; *El amigo Fritz*, de Erckmann-Chartrian; *El Abate Constantino*, de Halevy, *El Pescador de Islandia* y *El casamiento de Lotí*, de Viaud. . . . Libros olorosos a retamas y a violetas de los campos, melancólicos y profundos e impregnados de un bello optimismo. Atraíannos, sobre todo, de irresistible manera, las narraciones sobrenaturales, y entre éstas, los cuentos de Poe. La maravillosa cerebración del mayor poeta de las Américas encantó nuestras almas con sus insuperables relatos fuera de la vida, más allá del normal círculo en que nos agitamos. Luz recitaba algunos de sus poemas extraños, con un encanto singular y casi fúnebre. *Ualume*, *Annabel Lee*, *Berenice*, vibraban en sus labios con melancolías de ultratumba que hicieran estremecerse a Edwig y ponerse nerviosa a mi madre.

—Me enferman la música y el dolor de tu voz— le decía, al terminar alguna de aquellas recitaciones mágicas y tristes.

Fué entonces cuando pude apreciar, en todo su valor, el talento complejo y exquisito de mi amiga. Una nueva faz de su rara personalidad vino a hacerla aún más querida a mi corazón. Admirábala más ahora por su asombrosa flexibilidad mental y espiritual para asimilarse el dolor y la trágica desesperación de los grandes poetas. Ella, dirigida por maestros comprensivos de este arte supremo, hubiera llegado a conquistarse una gloria eminente. Una noche, en el salón, nos inmovilizó de asombro y de pavor, con el lúgubre relato de *Ligeia*. Aprendió virtuosamente, de memoria, la prosa sobria, elegante y sonora que Verneuil tradujo del francés. Habría ella deseado conocer la lengua francesa para realizar la traducción directa, evitando así que el pensamiento inicial se modificara en parte al pasar por el tamiz de dos idiomas. Tuvo que conformarse

con la versión citada, hecha de la de Baudelaire. Luego que retuvo fielmente el mágico poema, aprendió a decirlo con su voz grave y musical, que, en ciertos pasajes, tomaba inflexiones ligeras, melancólicas, exasperadas, profundas y roncadas. A veces su acento semejaba un rumor cristalino, y de pronto volvíase sordo y opaco, o frenético y áspero. Era, ya un cántico de oro, ya un solemne són taciturno, ya una gélida elegía torturante..... Cuando levantaba al cielo sus cándidos brazos para expresar el dolor desesperado de *Ligeia*, su actitud sobrenatural, la magnética expresión de su faz y la fúnebre entonación de sus palabras, causaban en nosotros un verdadero sufrimiento.

—«¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Padre celestial! Se habrán de realizar esas cosas irremisiblemente? ¿No será jamás vencido ese Gusano conquistador? ¿No somos una parte y una partícula de Tí?»

Y al terminar la pavorosa lucubración, su acento volvíase recóndito, como arrancado de las infinitas profundidades del *yo*. Luego florecía de pasión resplandeciente, de lóbrega duda, de amarga y suprema certidumbre. Las últimas palabras inmortales nos causaban un escolofrío:

«Pero ¿habría crecido mi esposa durante su enfermedad? ¿Qué indefinible delirio se apoderó de mí al concebir esta idea? De un salto caí a sus pies; pero ella se retiró a mi contacto: desprendió su cabeza del horrible sudario que la rodeaba, y entonces se desbordó en la atmósfera de la habitación una masa enorme de largos cabellos desordenados: eran más negros que las alas de la noche, más que el plumaje del cuervo! Y ví que los *ojos* de aquel rostro lívido se abrían lentamente.»

«¡Al fin!—exclamé con voz sonora. ¿Podría engañarme yo jamás? He ahí los ojos admirablemente rasgados, los ojos negros, los extraños ojos de mi amor perdido, de mi adorada Ligeia!»

FROYLÁN TURCIOS.



EL JARDIN DE LAS CARIGIAS

El espejismo

ME había dormido y soñaba. Soñaba que una caravana extenuada atravesaba el desierto, y que yo la conducía.

Y que surgía ante nosotros un fabuloso espejismo y que ese espejismo eras tú misma, con los lagos de tus ojos y los vergeles de tu cuerpo.

Y que tú venías hacia mí, y que mis compañeros desesperados se arrojaban sobre la arena para morir.

Acabo de pronunciar tu nombre para soñar de nuevo.

Ay, jamás se ve dos veces el mismo espejismo.

Sueño

HOY por la mañana pienso en Damasco y en el silencio del jardín en que tú reposabas.

La sombra de tu cuello era azul. Tus senos ondulaban con un ritmo de fuente. Tus brazos desfallecidos eran dos riachuelos de plata sobre la yerba, y las mariposas se posaban en tus uñas, tomándolas por rosas

En esta hora ¿contemplará mi padre en los jardines del Paraíso vírgenes más espléndidas?

Me acosté a tu lado como un mendigo junto a una mezquita.

Resignación

MIENTRAS que te hablaba cayó sobre tu regazo la sombra de una magnolia. Era tan pesada que ya tú no me escuchabas. La mecías como lo habrías hecho con el hijo de nuestro amor, si nuestro amor hubiera podido realizarse.

Y yo te miraba mecer la sombra de aquella brillante flor.

El baño

ARQUEADAS las cejas, la boca entreabierta, mirabas huir por la corriente del río la túnica que se te había escapado.

Pasé por la orilla y te grité:

—¡Salud, hija de Bakili! Que la dicha sea contigo.

Me respondiste:

—¿Cómo puedo ser feliz? Mira mi túnica arrebatada por la corriente.

El poeta sabe aprovechar las circunstancias, y te dije:

—¡Hija de Bakili, que la felicidad sea contigo! Tu juventud es como esa túnica arrastrada por la corriente: se aleja de tí por instantes y no hay mano que pueda detenerla. No permanezcas inmóvil mirando cómo se aleja. Sígueme bajo las frondas y te haré una túnica de caricias.

La batalla

HABÍAMOS agotado las palabras de amor.

Así como se hace el silencio entre dos ejércitos que van a librar una batalla, se hizo el silencio entre nosotros.

He librado la batalla del amor. El ruido de los sables eran nuestros besos, los suspiros de los heridos eran nuestros suspiros, el fragor de los carros de guerra estaba en nuestras arterias.

Y te arrojé lejos de mí como un estandarte desgarrado.

La sabiduría

SU sombra era una seda violeta extendida por la arena.

Como yo le rogaba que se detuviese para besar aquella seda, ella me respondió:

— Eso no es sino la sombra de una mujer.

A mi vez, yo le dije:

— Es la sombra de una mujer que amo y cuyos labios no puedo besar. Déjame besar su sombra sobre la tibia arena.

Y ella me contestó de nuevo:

— Esa arena es menos tibia que mis labios, y sólo besarás la arena. Besa mis labios, amado mío.

Y partí sin besar sus labios, porque entonces no los habría deseado más.

FRANZ TONUSSAIT.



Camino de París

(Traducción de Francisco Illanespa)

A los claros fulgores matutinos
marcho a París, atravesando España . . .
El tren se para en una aldea extraña
que un río alegra con sus chopos finos.

Tocan a misa; hay gente en los caminos;
y yo digo al azar que me acompaña:
—¡Ser pastor, leñador, y en mi cabaña
pasar aquí mis días cristalinos!—

Y algo responde dentro de mi seno:
—¡Siempre nos gusta apetecer lo ajeno!
El mar quiere ser río, el río mar

Si vivieses aquí, cuando sintieras
la humeante sombra de ese tren pasar,
marcharte en él, lejos de aquí, quisieras!

EUGENIO DE CASTRO.



El anillo de Polierates

Anacreonte.— Pues bien, a comenzar. Con juvenil ardor entrarás sin demora en los combates del amor, en que, por cierto, habrás de obtener mil victorias. Yo te quiero ver al fin despierto de un sueño que es un crimen. Un crimen, sí. Pero antes, yo, que hasta hoy cuento ochenta y siete amantes y que en cuestión de amor soy veterano como el que más, voy a darte, caro amigo, algunos consejos. (*Se sienta en una piedra*). Quien se dispone a amar renuncia a su carácter. El amor, aunque sea una rápida chispa que muere al brillar, es muy exigente. Sin embargo, como es fugaz, con las apariencias se basta. ¡No cambies! Sé lo que eres en el fondo de tu espíritu; más para alcanzar de tu amada la verde palma, no temas mostrarte como eres sino como ella quiere que seas. ¿Es religiosa tu amada? Vé al templo, ofrece sacrificios a los

dioses, sé ejemplar en el modo de seguir al antiguo ritual. ¿Tiene para los dioses del Olimpo un frío desdén? Sin vacilar reniega del Olimpo todo. ¿Gusta acaso de flores? ¡Házte su jardinero! Para ser feliz en el amor tan sólo existe una receta: no mudar nunca de alma, mudar siempre de túnica: que lo que hace al mortal ilustre son las vestiduras. Para ganar el amor de Dánae, Leda, Antiope, Europa, el omnipotente Zeus se convirtió en lluvia de oro, en cisne, en egipán, y, finalmente, en toro. ¡Haz tú lo mismo! Sin embargo, oye una cosa: si tuvieras que ser un animal, sé un zorro.

.....
Para encaminarte al altar de Afrodita tal vez te conviniese una mujer ya formada, pero hecha a los misterios del amor, y cuya experiencia guiase, maternalmente, tu ciega inocencia. Y así efebos hay que a las candidas niñas - bellas como una era de claveles al fulgor de la luna, o insípidas, por lo tanto, como inodoro arbusto - prefieren una matrona ya madura pero enervante como los bálsamos del Asia. Mas una mujer así está llena de peligros, porque en cada mujer madura hay siempre una golosa. Deja para más tarde las viejas. Por ahora procúrate el immaculado encanto de alba moza, inviolada y fresca. ¿Conoces a Anticlea?

Agamedes. Hace días que la conozco.

Anacreonte. ¿Y cómo la encuentras? ¿Fea?

Agamedes. - Por el contrario, amigo ¡Cómo alabo su astral blancura! Su piel obscurece los más puros alabastros de Laconia, y ¡por Zeus! su voz musical es un favonio que juega con una lira celeste.... ¡Nunca ví doncella tan linda!

Anacreonte. - Es Anticlea, amigo, la flor que te conviene.

Agamedes. - Sin embargo....

Anacreonte. - ¿Sin embargo qué?

Agamedes. - Anticlea es tan bella como estúpida.

Anacreonte. - Eres más ingenuo que un ramo de coral, cabecita vacía. Si exiges a la mujer la fuerza del talento, deberías exigir la hermosura a los sabios. ¿Qué importa la estupidez si los labios son dulces?

EUGENIO DE CASTRO.

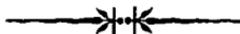
Raza nueva

No cuelgan de los muros de mi estancia
las armas que al valor y la constancia
de los héroes la guerra consagró,
pues abuelos hidalgos y guerreros
que ilustraran sus límpidos aceros
no tuve nunca yo.

¿Fué en las nieblas oscuras del pasado
el tronco de mi estirpe algún letrado
que un ingenio florido poseyó,
o fué acaso un intrépido marino,
o tal vez un robusto campesino?
Que nunca supe yo.

Mas no temas; que nietos vigorosos
han de dar con sus pechos generosos
orgullo a nuestra fría senectud.
A esa idea reboza mi contento,
pues su estirpe tendrá como cimiento
mi fuerza y tu virtud

LUIS ANDRÉS ZÚÑIGA.



La taberna del muelle

La taberna del muelle tiene mis atracciones
en esta silenciosa hora crepuscular:
yo amo los juramentos de las conversaciones
y el humo de las pipas de los hombres de mar.

Es tarde de domingo; esta sencilla gente
la fiesta del descanso tradicional celebra:
son viejos marineros que apuran lentamente,
pensativos y graves sus copas de ginebra.

Uno muy viejo cuenta su historia: de grumete
hizo su primer viaje el año treinta y siete
en un patache blanco fletado en Singapoore.....

Y contemplando el humo relata conmovido,
un cuento de piratas, de fiijo sucedido
en las lejanas costas de América del Sur.

TOMÁS MORALES.

La buena vieja

(Versión de José Eusebio Curo)

Al fin vieja serás, amada mía,
y yo no aliviaré tu soledad;
que el raudo tiempo a mí por cada día
me cuenta dos de mi pasada edad.
Sobrevíveme, pues, mas invencible
nunca al olvido mis lecciones des;
y, tomando al hogar fuego apacible,
mis canciones repite en tu vejez.

Cuando la vista por tu faz rugosa
busque la hermosa faz que me inspiró,
la juventud preguntará curiosa:
—¿Quién, pues, fué aquel que amaste y que te amó?
De mi amor pinta entonces, si es posible,
el ardor, las sospechas, la embriaguez;
y, tomando al hogar fuego apacible,
mis canciones repite en tu vejez.

Diránte acaso:— ¿Supo ser amable?
—¡Yo lo amé!— sin rubor responderás.
—¿De alguna infamia se mostró culpable?
Con orgullo respóndeles:—¡Jamás!
¡Ah! Dí que fiel, de corazón sensible,
con ternura un laúd pulsó tal vez;
y, tomando al hogar fuego apacible,
mis canciones repite en tu vejez.

¡Tú, que la Patria a amar tengo enseñada,
di a los hijos entonces del honor,
que en mi tierra invadida y desgraciada
yo canté la esperanza y el amor
Recuérdales que el árbol terrible
secó de lauros nuestra inmensa miés;
y, tomando al hogar fuego apacible,
mis canciones repite en tu vejez.

¡Oh, amada mía! Cuando el nombre vano
que deje yo consuele tu dolor,
y en mi retrato tu temblorosa mano
la primavera ponga alguna flor;
los ojos alza al círculo invisible
donde habremos de unirnos otra vez;
y, tomando al hogar fuego apacible,
mis canciones repite en tu vejez.

JUAN PEDRO BERANGER.

Mientras hilan las Parcas

Mientras hilan las parcas mi mortaja,
una cruz de ceniza hago en la frente.
El tiempo es la carcoma que trabaja
por Satanás, y Dios es el Presente.

Nada será que no haya sido antes,
nada será para no ser mañana,
eternidad son todos los instantes
que mide el grano que el reloj desgrana.

Eternidad la gracia de la rosa,
y la alondra primera que abre el día,
y la oruga, y su flor la mariposa . . .
¡Eterna en culpa la conciencia mía!

Al borde del sepulcro recostado,
como gusano que germina en lodo,
siento la negra angustia del pecado,
con la divina aspiración al Todo.

El teologal misterio está presente
en el quieto volar de la paloma,
y el pecado del mundo en la serpiente
que muerde el pie del ángel que la doma.

Sobre la eterna noche del pasado
se abre la eterna noche del mañana.
¡Son las horas las larvas del pasar!
¡El tiempo se sellaba en la manzana!

Es el Dragón que sobre el mundo vuela,
transformado en lujuria de las formas.
Tejen el infinito de su estela
el Todo y la Unidad, supremas normas.

Nada apaga el hervor de los crisoles:
en su fondo encendida está la eterna
idea de Platón. Lejanos soles
un día alumbrarán nuestra caverna.

¡Todo es eternidad! ¡Todo fué antes!
Y todo lo que fué hoy será después
en el instante que hace los instantes
y el hoyo de la muerte a nuestros pies.

RAMÓN DEL VALLE-INCLAN.

El deseo

¡Desgraciado tal vez el hombre, pero feliz el artista a quien desgarra el deseo!

Ardo por pintar a la que se me apareció tan raras veces y huyó con tanta viveza, como una bella cosa lamentable detrás del viajero llevado por la noche. ¡Cuánto tiempo hace ya que desapareció!

Es bella, y más que bella, sorprendente. Abunda en ella el negro; y todo lo que inspira es nocturno y profundo. Sus ojos son dos antros donde chispea vagamente el misterio y su mirada ilumina como el relámpago: es una explosión en las tinieblas.

La compararía con un sol negro, si se pudiera concebir un astro negro derramando la luz y la dicha. Pero hace antes pensar en la luna, que sin duda le ha otorgado su temible influencia; no en la luna blanca de los idilios, que semeja una fría cascada, sino en la luna siniestra y embriagadora, suspendida en el fondo de una noche tempestuosa y empujada por las nubes que corren; no en la luna apacible y discreta que visita el sueño de los hombres puros, sino en la luna arrancada del cielo, vencida y rebelde, que los hechiceros thesalienses obligan duramente a bailar sobre la hierba aterrada.

En su estrecha frente moran la voluntad tenaz y la afición a la presa. Sin embargo, en lo bajo de aquel rostro inquietante, donde móviles fosas nasales aspiran lo desconocido y lo imposible, estalla, con una gracia inexplicable, la risa de una gran boca, roja y blanca y deliciosa, que hace pensar en el milagro de una modesta flor abierta en un terreno volcánico.

Hay mujeres que inspiran deseos de vencerlas y de gozar de ellas; pero ésta dá el deseo de morir lentamente bajo su mirada.

CARLOS BAUDELAIRE.



Garde marina

Hay una pena inconsciente
y un alivio de afán
aquí frente al mar eterno
que hierve como el champán.

Un buque en la rada inmóvil
como pintado en un gris
lienzo, parece que sufre
nostalgias de su país.

Allá en el fondo, en la extraña
roja selva de coral,
viven los muertos viajeros
como en ciudad de cristal.

Para la ondina más bella
van los claveles del sol
y mis estrofas de espuma
dentro de algún caracol.

Hay un ensueño de garza
y la esperanza de hallar
un *no me olvides* de ausencia
en las magnolias del mar.

JOSÉ OLIVARES.



AL OIDO DEL LECTOR

No fué pasión aquello,
fué una ternura vaga...
Lo que inspiran los niños enfermizos,
los tiempos idos y las noches pálidas,

El espíritu solo
al conmoverse canta:
cuando el amor lo agita poderoso
tiembla, medita, se recoge y calla.

Pasión hubiera sido
en verdad, estas páginas
si en otro tiempo más feliz escritas
no tuvieran estrofas sino lágrimas.

JOSÉ ASUNCIÓN SILVA.

Problemas

(Versión de Guillermo Valencia)

En la desnuda arena,
cabe la mar alborotada y sola,
por acallar mis dudas y mi pena
así le dije a la encrespada ola:

«Descúbreme el arcano
que guarda los secretos de la Vida:
el enigma que al genio soberano
ofusca o deja con el alma herida.

—«Aclárame el problema
que agita mi razón eternamente:
como una llama arrolladora quema
al pensador la aridecida frente.

«¡Cuánta inmortal cabeza
luchó tenaz por descifrarle en vano!
La que ostentó su divinal grandeza
de la tiara en el brillo sobrehumano;

«La que con nimbos de oro
—mitra o corona— se ciñó potente,
y robando a la ciencia su tesoro
abrió surco de luz resplandeciente.

«Acalla, antes que muera,
mi sórdida inquietud, ola espumante.
Dí: ¿qué es el hombre que tu fallo espera?
¿Do lo mueve su planta vacilante?

«¿En dónde están los nidos
do lo arrullara paternal desvelo?
Más allá de los astros encendidos,
decid, olas, ¿qué guarda el combo cielo?»

.....

La mar embravecida
agita sus legiones de colosos;
la nube por el viento sacudida
rueda sobre los tumbos procelosos

Los astros desde el cielo
—viajeros del espacio— tristemente
muestran la faz y su fulgor de hielo
derraman sobre el mundo indiferente.

Y en la desnuda arena,
cabe la mar alborotada y sola,
un loco aguarda con amarga pena
que le conteste la encrespada ola...

ENRIQUE HEINE.

Poetas venideros

(Traducción de Armando Fasscur)

¡Poetas del porvenir! ¡Oradores, cantantes, músicos del porvenir! No es el día de hoy quien debe justificarme y expresarme porque estoy aquí,

Sois vosotros los de la raza nueva, autóctona, atlética, continente más grande que todas las razas conocidas hasta la fecha.

¡Levantáos! ¡Es necesario que me justifiquéis!

Yo no hago más que escribir una o dos palabras futuristas,

Me limito a adelantarme un instante para retornar de prisa a las tinieblas.

Soy un hombre que, paseando sin detenerme en parte alguna,

Arrojo una mirada hacia a vosotros y luego vuelvo el rostro,

Dejándoos el cometido de explicarla y de definirla,

Reservándoos lo fundamental.

WALT WHITMAN.



Himno nocturno

(Versión de M. R. Blanco Belmonte)

¡QUÁN dulcemente duerme la clara luna sobre este banco! De la noche la calma parece concertarse con los acordes de la dulce armonía. Siéntate aquí, Jessica. Mira cómo la bóveda del cielo está por todas partes incrustada de luminosos discos de oro. De todos estos globos que tú contemplas, por pequeños que sean, no hay uno solo que al moverse no cante con voz angélica, en perenne concierto con los querubes de ojos fulgentes. Semejante armonía también existe dentro de nuestras almas inmortales; pero mientras la arcilla perecedera las envuelva y las cubra con tosca veste, jamás oírla podremos.

WILLIAM SHAKESPEARE.

El gentleman

(Traducción de J. González Alonso)

El *gentleman* es el hombre dueño de sí mismo, que se respeta y se hace respetar. Su esencia es la soberanía interior. Es un carácter que se posee, una fuerza que se gobierna, una libertad que se afirma y se regula por el tipo de la dignidad. Este ideal es, pues, muy próximo al tipo romano de la *dignitas cum auctoritate*. Es más moral que intelectual y conviene a Inglaterra, que es, sobre todo, una voluntad. Pero del respeto de sí mismo derivan mil cosas, como el cuidado de su persona, de su lenguaje, de sus maneras; la vigilancia sobre su cuerpo y sobre su alma, el dominio de sus instintos y de sus pasiones, la necesidad de bastarse a sí mismo, la arrogancia que no quiere ningún favor, el cuidado de no exponerse a ninguna humillación ni a ninguna mortificación, no colocándose bajo la dependencia de ningún capricho humano; la preservación constante de su dicha y de su amor propio. No siendo fácil esta soberanía más que para el hombre bien nacido, bien educado y rico, se ha identificado al principio con el nacimiento, el rango, y sobre todo, con la propiedad. La idea de *gentleman* deriva, pues, del feudalismo: es la dulcificación del señorío.

Para no sufrir reproche, el *gentleman* se mantendrá irreprochable; para ser tratado con consideración, estará muy atento en conservar las distancias, en matizar las deferencias, en observar todas las gradaciones de la urbanidad convencional según el rango, la edad y la posición de las personas. Y por esto mismo, será imperturbablemente circunspecto en presencia de un desconocido, del cual no sabe ni su nombre, ni su valor, y al cual, por lo mismo, se expondría a atestiguarle demasiada o muy poca cortesía. Lo ignora y lo evita. Su política no es humana y general, sino completamente individual y apropiada a las personas.

FEDERICO AMIEL.



Pensando en Jesús

(Versión de Luis Morote)

Una vez Jámblico se paseaba con Juliano por la orilla del mar, fuera de la ciudad; la tarde era dulce y melancólica. A lo lejos, tras el fuerte de Panormos, blanqueaban las terrazas del célebre templo de Artemisa de Efeso, ornadas de estatuas.

En la arenisca playa donde, según la tradición, Latona parió a Artemisa y Apolo, reinaba un gran silencio. El humo de los numerosos altares del bosque sagrado de Ortegia se elevaba en rectas columnas hacia el cielo.

Al sur azuleaban los montes de Samos. Los escollos de la orilla estaban tranquilos como la respiración de un niño; las olas transparentes tomaban por asalto el negro ribazo. El sol poniente, traspuesto detrás de las nubes, doraba su masa enorme. Jámblico se sentó en una roca; Juliano se reclinó a sus plantas. El Maestro acariciaba los negros y espesos cabellos del discípulo.

—¿Estás triste?

—Sí

—Lo sabía. Buscas y no hallas. No posees fe bastante para decir *El es* y no te atreves a afirmar *que no es*

—¿Cómo lo has adivinado, Maestro?

—¡Pobre niño! He aquí cincuenta años que sufro del mismo mal...y lo padeceré hasta mi muerte. ¿Acaso lo conozco yo más que tú? ¿Es que yo he encontrado lo que buscaba? Las gentes piensan que sufren del hambre, de la sed, de la pobreza; en realidad padecen de pensar que *El* tal vez no exista. Es el único sufrimiento universal.

I tanta fuerza sobrehumana se necesita para decir *no es*, como para decir *que es*.

—¡Tú, pero tú mismo ¿no te acercaste nunca a *El*.

—Tres veces en mi vida he experimentado el éxtasis de sentirme unido a *El*. Plotín cuatro veces; Porfiros, cinco. He tenido tres momentos en mi existencia que valen la pena de vivir.

—Les he preguntado a tus discípulos acerca de este punto y no saben nada

—¿Es que se atreverían a saber? Les basta con poseer las cataratas de la sabiduría. La ope-

ración de batirlas es para casi todo el mundo mortal.

—Pues bien, que me muera, Maestro, pero opérame.

—¿Te atreverás?

—Sí. Habla, habla.

—¿Qué puedo decirte? No lo sé... Escucha en la paz de la noche la voz de la Naturaleza y ella te dirá mejor que yo con palabras.

DMITRY DE MEREJKOWSKY.



Sumarios de ESFINGE

NUMERO 42

Calidad.—*El domador.* Froylán Turcios.—*Aniversario.* Víctor M. Londoño.—*Elegía de las sombras.* Agustín Acosta.—*El recuerdo áncelro.* Ramón del Valle-Inclán.—*La mano de la Dolorosa.* Roberto Barrlos.—*El fumadero de opio.* Claude Farrère.—*El trocador.* Johan Wolfgang Goethe.—*El esplendor del crepúsculo.* John Ruskin.—*Página bíblica.* Luis Tablanca.—*CanCIÓN del siglo galante.* Emilio Carrere.—*El juicio final.*—*La sombra.* Kasimiers-Pzerwa-Tetmajer.—*Semblanzas.* Ricardo Nieto.—*El elogio de la tentación.* Juan Ramón Avilés.—*La última carta.* Julio Herrera Reissig.—*Las onditas.* Enrique Heine.—*Incertidumbre.* Julián López Pineda.—*Bucear, esperar siempre.* Juan María Guyau.—*El orgullo.* Ramón Ortega.—*Una y otra.* Amado Nervo.—*Hermana Francia.* Gabriel D'Annunzio.—*El visitante.* Henri de Regnier.—*Granada.* Emiliano Hernández.—*Sumarios de ESFINGE.*

NUMERO 43

Hombres-océanos. Víctor Hugo.—*Preparación a la siembra.* Carlos Wilde Ospina.—*En la Cartuja de Florencia.* Ida Baccini.—*Palabra y pensamiento.* Roberto Brenes Mesén.—*Amor.* Francisco Rodríguez Marín.—*La tarde.* Dmitri Ivanovitch.—*Respuesta.* Francisco Coppée.—*La coseña.* Ismael Urdaneta.—*Cada cual con su quimera.* Carlos Baudelaire.—*Salmo de evocencia.* Leopoldo de la Rosa.—*Fantasia.* Gerardo de Nerval.—*Cicerón.* José Rodríguez Cerna.—*Legendaria.* Emiliano Hernández.—*La poesía de Eugenio de Castro.* Vitorio Piza.—*Epigrama.* Eugenio de Castro.—*Pasión.*—*Delicia.* Leopoldo Logones.—*Nostalgia.* Guillermo Valencia.—*Oglio.* Juan Ramón Molina.—*Se desconocido.*... Federico Amiel.—*Immortalidad.* José María de Heredia.—*Libros útiles.* John Ruskin.—*De la ausencia.* Eduardo Castillo.—*La princesa ensangrentada.* Jean Lorrain.—*La tuga.* Julio Herrera Reissig.—*Corazón cautivo.* Rabindranath Tagore.—*El alma de Judas.* Anatole France.—*Nocturno.* Rubén Darío.—*La vida humana.* Alexei Sergievitch Pouchkine.—*Río Guayape.* Froylán Turcios.—*Abatido de Ragos.* Judith Gautier.—*Los ojos.* Antonio Gómez Restrepo.